

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

El héroe cotidiano

Delia Steinberg Guzmán



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

PRÓLOGO

Hay veces en que la vida nos deja fuera de combate. No tanto los grandes dramas, la lucha por sobrevivir, sino el cúmulo de pequeños quebrantos, de fintas que parar, del problema de cada día.

Pero hay muchas más veces en que nos alzamos victoriosos en el campo de la pelea diaria, mirando con orgullo hacia adelante, sin dejarnos amedrentar, esperando lo que haya de venir, bueno o malo, lo que Dios nos quiera mandar, que para eso estamos.

Ese es el héroe cotidiano.

Es un héroe a veces inconsciente, puro instinto de supervivencia, que aparta las ramas del camino sin preguntarse el nombre de los árboles. Pero a veces se toma un respiro y reflexiona. Se le vienen a la mente las mil eternas preguntas del hombre de siempre: por qué, para qué, cómo es posible, y si yo...

Son ni más ni menos que las reflexiones del héroe cotidiano.

Las hace ante eso que todos vemos y no todos paramos a ver qué estamos haciendo: ese separatismo que nos convierte en “hombre, lobo para el hombre”; que nos hace incrustar las manos en el bolsillo antes que tenderlas; ese miedo a cien cosas abstractas e irrazonadas; esa agresividad que se nos despierta rugiendo al menor roce; ese agobio que nos hace sentarnos mirando al vacío porque ya no sabemos por dónde empezar; esa opinión pública a la que rendimos tantas veces nuestros ideales más hermosos, ante la que se arrían las banderas de nuestros sueños...

Nueva Acrópolis lleva ya muchos años haciendo camino al andar, que no otra cosa es el ser filósofos. Parando a reflexionar en esa andadura, que eso es el estudio, la lectura, la investigación. Y en esos años, su directora internacional, Delia Steinberg Guzmán, en sus conferencias, en sus artículos, en sus libros, en sus clases, nos ha hablado para invitarnos a la reflexión, para decirnos que recuperemos ese valor que a veces se pierde, para que tomemos conciencia de un dolor que es nuestra prueba de cada día.

Sus enseñanzas, mes tras mes, nos han ido diciendo...

M.^a Ángeles Fernández

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

NUEVA ERA, VIEJA CIENCIA

En muchas oportunidades se ha dicho y escrito que estamos viviendo en la era tecnológica, sin olvidarse de recalcar todas las ventajas que esto supone.

Todas las actividades están sistematizadas; la computación electrónica abarca todos los aspectos de la vida; la máquina reemplaza día a día la mano de obra humana; las comunicaciones reducen las distancias y el tiempo. En fin, que estamos a punto de alcanzar el tan soñado paraíso de un día con muchas horas libres, y de una semana con varios días sin trabajo...

Pero, entre las muchas paradojas del momento actual, se suma una más, y de suficiente importancia como para llamar poderosamente la atención.

En el mundo de la técnica se ha intentado facilitar todos los aspectos de la vida material, pero nada se ha hecho en beneficio de la vida psicológica, mental y espiritual; estos mundos subjetivos siguen tan desorganizados como en la época de los trogloditas.

Se podrá objetar que la psicología, y otras ciencias que le son auxiliares, han catalogado al hombre en distintas tipologías, facilitando con ello su reconocimiento y, en caso de enfermedad, su tratamiento. Esto es verdad; pero el catalogar tipos humanos en buenos libros y cuadros gráficos, en nada resuelve el problema práctico de los seres humanos indefensos ante sí mismos. Saber que se es tímido no equivale a curar la timidez; saber que se tiene una fantasía desbordada tampoco la domina.

Hoy un hombre puede manejar una enorme diversidad de máquinas, pero es incapaz de manejar una depresión psicológica, o de moderar sus instintos, refrenar su ira, despertar su espiritualidad. Y no es que no quiera hacer estas cosas; muchas veces desearía hacerlo, pero no puede. No sabe cómo hacerlo. La tecnología no se ha interesado por estos problemas, ni ha sido capaz de idear ningún sistema que permita trabajar con estos imponderables subjetivos del hombre interior.

Como resultado, mientras la ciencia y la técnica avanzan tomadas de la mano, proyectando cada vez más lejos las posibilidades de un confort material, el hombre se sumerge cada vez más hondo en la desesperación de su yo insatisfecho. Cuantas más horas libres tiene, más miedo siente, pues no sabe estar a solas consigo mismo, ni entiende tampoco los escondidos resortes de ese extraño compañero con el que vive a diario, su yo interior.

Las máquinas, lejos de prestar el verdadero servicio para el que fueron planeadas, han usurpado los poderes humanos, han esclavizado al hombre que pretenden liberar. Ya casi no se concibe la vida sin relojes, teléfonos, aparatos eléctricos, ascensores, escaleras mecánicas o televisores. Y el hombre se acurruca, inútil ante la misma tecnología que ha creado.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Se habla de sistematización de datos, pero no se puede organizar la vida interior.

Se habla de combatir la polución, pero no se pueden evitar los malos pensamientos y sentimientos.

Se habla de aviones supersónicos, pero no se puede acelerar la comprensión mental.

Se habla de paz y amor, y de derechos humanos, pero no se sabe amar, ni vivir en paz, ni se conciben derechos humanos, por la sencilla razón de que tampoco se concibe al Hombre.

¿Tecnología? ¿Liberación? ¿Dominio de la vida? Dejémonos de paradojas y sepamos de una vez por todas que sólo el hombre experto en el difícil y maravilloso conocimiento de sí mismo puede dar valor a la libertad y a la vida, y puede hacer uso de la ciencia y la técnica en beneficio de la Humanidad.

Iniciemos, por tanto, la NUEVA ERA de la VIEJA CIENCIA, del «CONÓCETE A TI MISMO».



El viejo concepto de los griegos clásicos acerca de la «crisis» es hoy más actual que nunca. Evidentemente, nos guste o no el aceptarlo, estamos en crisis, y eso significa que estamos en un momento de cambios, en el vértice donde el ángulo presenta doble sentido.

En los momentos de crisis, o sea, de cambios, todas las cosas suelen presentarse inestables; la inseguridad y la duda están a la orden del día y nadie quiere arriesgar grandes empresas porque nunca se sabe qué pasará mañana.

Son estos instantes de crisis los más apropiados para que los hombres suelen enfrentarse sin tregua.

Se oponen aquellos que están de uno y del otro lado del cambio: los que miran hacia lo que se deja atrás y los que sueñan con lo que vendrá en el futuro. Cada cual tiene buenas y sobradas razones para defender su posición; y cada cual la defiende con los métodos propios de la crisis: violencia e incompreensión.

Los que miran hacia el pasado con nostalgia son llamados despectivamente «inmovilistas». Se les critica duramente por no lanzarse de lleno a la aventura del porvenir. Pero ellos no se sienten inmóviles; simplemente tratan de no desperdiciar todo lo vivido hasta el presente y de recoger experiencias útiles. Tratan de atesorar recuerdos y conocimientos como el que junta riquezas para poder vivir mañana.

Los que miran tan solo hacia el futuro –al que, por cierto, todavía no conocen– son llamados despectivamente «revolucionarios». Para ellos nada de lo vivido sirve ya, y solo queda el cambio constante, la ruptura total con todo lo viejo y la adoración a lo que, siendo nuevo, se supone mejor. Pero ellos no se sienten revolucionarios en el sentido destructivo de la palabra, sino que han comprobado que ninguna de las soluciones propuestas hasta ahora ha traído la tan pretendida felicidad a la Humanidad; por consiguiente, cabe pensar que la solución está en algo distinto a lo hasta ahora conocido y, en consecuencia, todas las fórmulas usadas deben desecharse por inservibles.

En la crisis, en el cambio, en el gozne de la Historia, es difícil ver con claridad. Tanto los que están de un lado como del otro de las cosas, se alienan con su particular visión, y nada pueden aportar a una solución armónica.

En la crisis, los filósofos proponemos mantener –y valga el símil– la figura geométrica del ángulo, con sus dos lados en distintas direcciones, pero unidos en un vértice para tener sentido.

En el pasado existen, sin duda alguna, elementos desgastados e impropios, probados en el fracaso e inválidos por su inutilidad; pero en el pasado se acumula también la rica experiencia que permite renovar los éxitos y evitar los fracasos.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

En el futuro se gestan, sin lugar a dudas, las glorias venideras y no podemos ignorarlas, pues todos caminamos hacia ellas; pero no aceptar sin más que todo lo que vendrá será mejor por el solo hecho de ser diferente.

Si bien es cierto que estamos en crisis, esta no puede ser eterna. El cambio es renovación: construir, sobre el soporte de las viejas y poderosas columnas del pasado, los bellos capiteles del trabajo actual. Solo así elevaremos el edificio de la Historia.



Cuando hace algunos años asegurábamos en nuestros escritos y conferencias que se acercaba una nueva Edad Media, este pronóstico resultaba exagerado y casi fatalista.

También en su momento explicamos que la repetición de los ciclos históricos no tenía que considerarse necesariamente como una fatalidad o un retroceso, sino como la marcha natural de la vida, en donde las líneas circulares y espiroidales van indicando un progreso paulatino que toca puntos semejantes, aunque a distintos niveles de evolución.

Lejos, pues, del fatalismo y más lejos todavía de la exageración, hoy los hechos confirman aquellas viejas palabras. Ahora son muchísimos los autores y estudiosos que nos presentan el fenómeno de un medioevo como resultante de los últimos siglos vividos, como compás de espera y recuperación previa a un posible –llamémosle así– Renacimiento.

Las características que señalan la presencia de un ciclo intermedio para nuestra civilización son varias. Y, de entre ellas, hay una que hoy nos interesa especialmente por las graves complicaciones que puede acarrear si no se la conoce en su verdadera magnitud. Se trata del separatismo.

Más allá de las significaciones políticas –aunque también se incluyen–, el separatismo es una fuerza que se va infiltrando en todas las expresiones humanas, cual una corriente que tiende a disolver todo lo hecho hasta el momento, llevando a la célula a oponerse a otra célula, llevando a un individualismo a ultranza, que encierra a cada ser en sí mismo con su propia realidad.

Términos como *libertad, independencia, autonomía, libre expresión, autodeterminación* y tantos otros, no son más que sinónimos del proceso de separatismo. Hoy se dividen las naciones en provincias y regiones que pretenden originalidad absoluta y suficiencia para vivir. Pero el proceso continúa, y las regiones y provincias siguen dividiéndose en secciones menores, sobre la base de cualquier diferencia o distinción que se pueda señalar. Poco después se separará un pueblo de otro, y aun dentro de las mismas familias comenzará a notarse esa fisura que enfrentará sin remedio a las generaciones.

Cuando, por fin, un hombre sea sólo un hombre y esté «separado» de todo lo demás, ¿qué pasará entonces? Estaremos en el corazón de la nueva Edad Media. Cada cual tendrá que valerse por sí mismo en las cuestiones más simples, y todos los logros civilizatorios, fundados en el trabajo conjunto y en la cooperación, habrán desaparecido.

Tal vez, en el presente, cueste concebir un mundo sin comunicaciones, con carreteras cortadas, sin combustibles, sin fluidos energéticos; tal vez resulte casi imposible imaginar casonas aisladas en medio de los campos y grandes ciudades abando-

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

nadas por imposibilidad de uso... Pero todo ello se está gestando en la corriente de la separatividad.

Sin embargo, tal como hubo otras muchas edades medias, y tal como el hombre resurgió de todas ellas, renacerá asimismo de este período extraño que le espera. Mas para renacer es necesario un despertar, una razón firme que permita reconocer las actuales equivocaciones para cambiarlas por futuros aciertos.

El hombre es un ser social. La familia, el pueblo, la tierra que a uno le vio nacer, son afectos entrañables que no pueden borrarse de la naturaleza humana. Basta con reforzar sanamente estos lazos. Basta con despojar esta planta civilizatoria de sus parásitos, para que la próxima Edad Media pase como un rápido sueño sobre nosotros y, tras su breve hora de reposo, se levante poderosa y brillante la aurora de un Nuevo Mundo.

Nuevo y, por consiguiente, mejor.



Varias veces lo hemos dicho y no está demás volverlo a repetir: el hombre está enfermo de miedo, y las peores consecuencias de esta enfermedad se manifiestan en nuevas y peores dolencias que aparecen día a día.

El miedo es una terrible garra que se cierra sobre los pensamientos, los sentimientos y la voluntad, restándole al ser humano toda posibilidad de acción inteligente. La actividad vital se reduce a defenderse, a escapar de todo, a rehuir responsabilidades, a evadir definiciones, a esconderse para no llamar la atención. Lo gris y opaco es hoy lo más apreciado y esas son, precisamente, las características del miedo, que también es opaco y gris.

Aparece en estas circunstancias una especial modalidad: la del «anti», la del que se opone a todas las cosas en cuanto estas cosas significan la menor determinación personal. Todas las cosas son malas, pues los defectos son los primeros que se destacan, mientras que el miedo creciente hace perder toda oportunidad de reconocer virtudes.

Estar en contra de todo –que es lo mismo que no estar a favor de nada– es la nueva expresión patológica derivada del miedo. Lo único que se sostiene como positivo es el propio beneficio, la propia supervivencia, aunque para ello haya que destruir todo lo demás, que es lo que le sigue de inmediato. Se trata, como es evidente, de una aberrante forma de egoísmo, en que el «yo» se autoafirma en la medida en que se desprecia todo lo circundante. No se intentan superar los males que afectan al mundo, sino que, por temor, se niega y se denigra, al mismo tiempo que se esconde la cabeza bajo las alas de la inacción.

El filósofo debe erradicar el miedo, y con él, todas sus secuelas. Debe aprender a distinguir lo bueno de lo malo, debe sostener sus ideas y diferenciarlas de aquellas otras que le son opuestas, pero siempre con la voluntad y la acción puestas en juego. No se puede ser simplemente «anti»; hay que tener, en principio, unos ideales firmes y auténticos para poder oponerse a alguna otra cosa. Antes de rechazar hay que aceptar. Antes de negar hay que saber.

El filósofo puede encontrar errores y descubrir defectos en los diversos aspectos que hacen a la vida; pero no se conforma con señalarlos o temerlos, sino que trabaja arduamente para mejorar todo aquello que está en sus manos, empezando, naturalmente, por él mismo.

El filósofo advierte, asimismo, que, además de lo malo, siempre existe lo bueno y positivo, solo que a veces está dormido o sepultado por las olas del temor y de la inercia. Las virtudes, como toda buena planta, deben ser atendidas y cultivadas hasta lograr su mayor desarrollo.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

El filósofo no va en contra, sino a favor de la vida, acepta sus corrientes traicioneras y se esfuerza en lograr una claridad ideológica que le permita transitar por el mundo. Los «antitodo» terminarán por volverse antihombres, y el filósofo valora la condición humana como factor indispensable para constituir nuestro ansiado Mundo Nuevo y Mejor.

A medida que se acerca el fin de siglo, el catastrofismo parece hacer presas más fáciles y abundantes; nos enfrentamos a un verdadero fatalismo, que resta energías y posibilidades de que los hechos discurran adecuadamente.

Como ocurrió en otros momentos de la Historia, los hombres se sienten incapaces de poner solución a todos los males que nos aquejan, y aunque eso no se reconoce jamás públicamente, lo cierto es que el desánimo y la indiferencia van ganando terreno.

Por un lado está la apatía sencilla de quienes nada pueden hacer desde sus humildes puestos en la sociedad. Por otro, está el desaliento aún mayor de quienes saben que solo se trabaja con hipótesis, pero no con seguridades, acerca de lo que habrá de venir. La falta de decisión para afrontar la situación actual generalizada hace que las teorías sobre un posible fin del mundo, sobre importantes catástrofes que podrían ocurrir en los próximos años, se vuelvan más concretas en la imaginación de la gente.

Ante este estado de cosas, no es cuestión de sentarse a esperar el desastre de una u otra década, sino de analizar despaciosamente nuestra actuación como seres humanos.

No descartamos en absoluto la influencia que los astros tienen sobre nuestro planeta y, naturalmente, sobre los habitantes de nuestro planeta. Si el universo es un gran ser vivo, de movimientos coordinados, es factible suponer que todos sus elementos están relacionados y que el movimiento de los astros se refleja en otro tipo de movimientos acordes, ya sea en la Tierra, ya sea entre los hombres. Desde este punto de vista, es probable que pudiesen sobrevenir catástrofes que, de todas maneras, hace tiempo que se están manifestando, tanto en lo referente a movimientos geológicos como en lo que respecta a la agresividad creciente entre los hombres.

Pero esas catástrofes no son determinantes, ni suponen el fin del mundo. La Historia registra muchos otros momentos difíciles, cataclismos y perturbaciones, temores y psicosis de un final cierto, que se resolvieron en la continuidad de la existencia y en un mayor número de problemas a resolver, pero nada más.

Nuestra actitud mental ha de ser sana y decidida. Como decía el emperador-filósofo Marco Aurelio, «¿Qué le puede suceder al hombre que no sea propio del hombre?». Si se avecinan catástrofes, sabremos afrontarlas. Y lejos de desanimarse ante esta probabilidad, al contrario, habrá que acumular más energías, más conocimientos, más fuerza de voluntad, para sobrellevar dignamente todo aquello que pueda pasar.

Ni fatalismo catastrófico ni optimismo inconsciente. Se impone una forma de ser equilibrada, en la cual el optimismo se manifieste tan solo ante los resultados concretos, y el fatalismo se desvanezca ante nuestra voluntad puesta en marcha.

Hay que saber vivir para los tiempos nuevos.

No es nuevo el problema del miedo entre los hombres.

Desde hace ya varios años –tal vez más de los que nos atrevemos a calcular–, el hombre ha perdido la confianza en sí mismo, en el destino que le corresponde y, como consecuencia, en el destino de la Humanidad. La Historia le resulta totalmente ajena, y no se siente su constructor sino su víctima. El tiempo no es más el factor de esperanza que nos permite lanzarnos hacia adelante con renovados sueños y constantes obras; el tiempo es ahora, por el contrario, un arma letal que arrasa hombres y civilizaciones, que todo lo desgasta sin posibilidad alguna de recuperación.

El resultado era de esperar, y lo estamos sufriendo en mayor o menor grado.

El hombre ha perdido la facultad de la comunicación, y esto, en medio de la era de las comunicaciones. Nadie confía en nadie; nadie se arriesga a decir la verdad de lo que siente y piensa, y nadie quiere –ni mucho menos– confesar que a veces no está muy seguro de lo que piensa ni de lo que siente... Hoy todo respira la falsa seguridad del que miente, del que finge para disimular su falta de fe interior y exterior.

Por eso ha surgido el miedo. Miedo a la verdad; miedo a los compromisos; miedo a la lealtad; miedo al daño que pueden provocarnos los demás hombres y aun miedo a nuestras propias y desconocidas reacciones.

Por miedo ya no se pronuncian más, palabras sagradas. Por miedo ya no brota la sana amistad. Por miedo mueren los mejores ideales, porque nadie quiere romper lanzas por ellos. El miedo pone miradas esquivas en los ojos, pinta gestos estériles e indecisos en los cuerpos, y pronuncia palabras ambiguas y vacías que a nada comprometen y de todo permiten escapar...

A este miedo de la vida cotidiana se suma ahora el otro miedo más grande ante los ciclos de la Historia. Cumplir años es casi un signo nefasto; haber empezado una nueva década ha de traer, seguro, nuevas desgracias y complicaciones; acercarnos al milenio es señal de algún final catastrófico seguro... Y todo ello contribuye a hacer al hombre más pequeño todavía en su dimensión interior.

Es hora, pues, de asumir la actitud contraria. El miedo es sinónimo de debilidad y falta de confianza. Es necesario, entonces, recuperar el valor: conocerse a sí mismo, a los demás hombres; iluminar el entendimiento y retornar a Dios y a las verdades que se encierran en la Naturaleza.

No nos han de asustar los nuevos años, ni las nuevas décadas, ni todas las conjunciones estelares juntas han de mover un ápice la firme voluntad de un hombre que siente dentro de sí el fuego de la vida infinita.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

No somos una casualidad perdida en el espacio. Somos una rica causalidad que proviene de Dios.

Pruébalo: mira así las cosas y perderás el miedo.

Adopta esta nueva visión y serás un Hombre Nuevo.



Hay una pregunta que, calladamente o en voz alta, solemos formularnos varias veces al día, muchas, demasiadas veces en la vida. ¿Por qué sufren los hombres? ¿Por qué existe el dolor?

Esta pregunta señala una realidad de la que nos es imposible escapar. Todos sufren; por una u otra razón, todos sangran en su corazón e intentan vanamente apresar una felicidad concebida como una sucesión ininterrumpida de gozos y satisfacciones.

Viene a mi memoria una parábola del budismo que siempre me ha impresionado; aparece en los libros bajo el nombre de «El grano de mostaza». Y, en síntesis, refleja el dolor de una madre que ha perdido a su hijo pero que, sin embargo, confía en volverlo a la vida gracias a las artes mágicas del Buda. Este no desalienta a la madre; solo le pide que, para resucitar a su hijo, le consiga un grano de mostaza obtenido en un hogar donde no se conozca la desgracia... El final de la parábola es evidente: el grano de mostaza, ese grano tan especial, jamás aparecerá, y el dolor de la madre se verá mitigado en parte, al comprobar cuántos y cuán grandes son también los sufrimientos de todos los demás seres humanos.

Pero el hecho de que todos los hombres sufran no quita ni explica la realidad del sufrimiento. Y otra vez nos preguntamos: ¿por qué?

Viejas enseñanzas –más viejas aún que la parábola citada– nos ayudan a penetrar en el intrincado laberinto del dolor.

En general, se nos indica que el sufrimiento es el resultado de la ignorancia. Así, sumamos dolor tras dolor, es decir, a los hechos dolorosos en sí, sumamos el desconocimiento de las causas que han motivado esos hechos: no somos capaces de llegar hasta las raíces de las cosas para descubrir la procedencia profunda de aquello que nos preocupa; simplemente, nos quedamos en la superficie del dolor, allí donde más se siente, y allí donde más se manifiesta la impotencia para salir de la trampa. Ignoramos la causa de lo que nos sucede, y nos ignoramos a nosotros mismos, sumando una doble incapacidad de acción positiva.

Asimismo, desconocemos otras leyes fundamentales de la Naturaleza, y una vez más, por ignorancia, acrecentamos nuestro dolor. Deberíamos saber que ningún dolor es eterno, que ningún dolor se mantiene ante el embate de una voluntad constructiva. Nada, ni dolor ni felicidad, puede durar eternamente en el mismo estado. Hay que aprender, pues, a jugar con el tiempo para hallar una de las posibles salidas del laberinto.

El dolor de lo por venir no tiene cabida en el presente, ya que es un sufrimiento inútil, antes de tiempo y, tal vez, sin razón de ser. Es verdad que en el presente ya se está gestando el futuro, pero también es verdad que el temor del futuro es germen de

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

futuros males, mientras que la voluntad firme y positiva da lugar a circunstancias más favorables que también pueden gestarse en el presente.

El dolor de las cosas pasadas es como intentar mantener el cadáver de un ser querido en nuestra casa, repitiéndonos constantemente que no ha muerto, volviendo mil veces los ojos a la irrealidad de un cuerpo que no existe y desconociendo la otra realidad espiritual que sí existe.

Y en cuanto al dolor del presente, es apenas una punzada que, en breve, se hunde en el pasado, para dejar lugar al futuro.

Por eso decía un sabio que los hombres somos capaces de sufrir tres veces por la misma cosa: esperando que suceda, mientras sucede y después de que ha sucedido. Así se refuerza la tesis de «la ignorancia como madre de todos los dolores».

Para los orientales, siguiendo con la tónica de la parábola budista, «el dolor es vehículo de conciencia», lo que equivale a decir que todo sufrimiento encierra una enseñanza necesaria para nuestra evolución.

El dolor es el que nos obliga a detenernos y a preguntarnos acerca de las cosas. Sin el dolor, jamás nos diríamos, como tantas veces lo hacemos: «¿Por qué a mí?», para advertir, seguidamente, que no es «a mí» solamente... Sin el dolor, no nos propondríamos indagar en las leyes ocultas que mueven todas las cosas, hechos y personas.

Por poco que volvamos los ojos, encontraremos sufrimiento: sufre la semilla que estalla para dar lugar al árbol, sufre el hielo que se derrite con el calor o el agua que se endurece con el frío, y sufre el hombre que, para evolucionar, tiene que romper las pieles viejas de su cárcel de materia.

Pero tras todos estos sufrimientos se esconde una felicidad desconocida: la plenitud de la semilla, del agua, del alma humana que descubren, en medio de las tinieblas, la luz segura de su propio destino.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

EL AGOBIO

Cuando unas vacaciones tocan a su fin y nos planteamos recomenzar la actividad habitual, surgen otra vez a la luz de la conciencia los problemas que habíamos creído enterrar con la partida.

Uno de esos problemas se resume en una palabra que, cada vez, escuchamos más en boca de la gente: el agobio.

El trabajo es agobio, el estudio es agobio, lo son también las obligaciones contraídas, los mil compromisos por los que debemos responder, las complicaciones que no sabemos resolver... Es como si las vacaciones no hubiesen servido para nada, como si el descanso de unos pocos o muchos días se hubiera borrado ante la sola idea de lo que nos espera.

Pero ¿es que realmente sabemos descansar? ¿O interpretamos como descanso el hecho de hacer poco y nada, de no pensar, de asumir una personalidad diferente a la del resto del año?

Así, evidentemente, no descansamos. Así, tan solo escapamos por un breve lapso de tiempo, escondiéndonos del cúmulo de cosas que nos esperan a la vuelta para volvernos a agobiar; caemos en las garras de la angustia y nos sentimos atrapados por las necesidades que, reales o no, nos ha ido poniendo la vida. Nos agobian las obligaciones y aun los derechos que muchas veces no sabemos cómo ejercer ni en qué consisten. No nos queda más remedio que hundirnos en la vorágine y anhelar que pasen los meses para que lleguen las próximas vacaciones, que imaginamos mejores que las presentes, aquellas que verdaderamente nos darán la oportunidad de descansar.

Sin embargo, año tras año se repite la misma historia.

Como ya nos lo enseñaron los filósofos estoicos, el problema está en nosotros y no fuera de nosotros.

Es imposible viajar y alejarse de las preocupaciones habituales, puesto que ellas vendrán invariablemente en nuestra maleta. En este caso, de nada vale poner distancias de por medio ni dejar la mente «en blanco». Nosotros mismos nos convertimos en nuestros propios enemigos y somos la causa de nuestro detestado agobio. No es cuestión de cambiar de sitio ni de proponerse un descanso sin participar activa e inteligentemente en él.

¿Por qué vivimos agobiados? En principio, porque son demasiadas las cosas a las que tenemos que atender en un tiempo que se nos antoja irremediabilmente corto. Ahora bien, como filósofos, se impone analizar la auténtica importancia de aquellas muchas cosas que nos agobian. ¿Todas merecen realmente un puesto principal? ¿No es

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

posible hacer una selección entre las cosas que de verdad son válidas, las que lo son menos y las que no lo son en absoluto?

Lo más seguro es que de esta meditación surjan respuestas esclarecedoras para resolver el agobio que nos envuelve como bruma impenetrable. Lo más seguro es que descubramos que nos atrapan las cosas, no por su cantidad, sino por su intrascendencia: el hacer mucho que no conduce a nada, el moverse constantemente sin saber bien hacia dónde, el no tener metas definidas, o si lo son, pecar en cambio de impracticables. Así el hombre interior muere ahogado por una absurda construcción, compleja y enervante, que se supone se hizo para la propia protección, para el desarrollo personal.

Pero es inútil arropar al yo hasta el punto de hacerlo desaparecer. Lo intrascendente destruye al hombre superior que todos llevamos dentro y que necesita ventanas abiertas para poder expresarse. Lo intrascendente agobia, desmoraliza, impide vivir, cansarse y descansar, porque lleva su especial ritmo de locura insaciable.

Un poco de aire y de luz, es decir, un poco de sanos conocimientos, abrirán una brecha al yo siempre presente en nosotros, y el agobio cederá paso a una armonía insospechada en la que el tiempo, el espacio y la energía actúen en función de lo eterno y esencial.



Desgraciadamente, una de las características que señalan al hombre de nuestros días es la agresividad. Salta en cualquier momento y ante el más leve de los estímulos, venga o no a cuento. Es una fuerza que está siempre dispuesta a mostrarse, como si fuese un torrente a duras penas contenido, y cuyas causas, aunque difíciles de entender, no por ello deben escapar a nuestro modesto análisis.

En principio, pueden distinguirse dos maneras de ser típicamente agresivas: la que proviene de los adultos y la que es propia de los jóvenes.

La agresividad de los adultos, si bien tan desagradable como la otra, es quizá más justificable. En este caso se suman insatisfacciones acumuladas a lo largo de muchos años, fracasos, sueños rotos, sueños que se dejaron morir sin más... Es el resultado de un rechazo al propio pasado, que no se puede o no se quiere asumir, y un temor aberrante al futuro, que aparece incierto, sin frutos apetecibles. Entonces estalla la agresividad ante todo y ante todos, porque todos tienen la culpa de lo que cada cual, individualmente, no pudo hacer. Hay que buscar un chivo expiatorio, y siempre es mejor que la víctima propiciatoria sea alguien diferente a uno mismo.

En el caso de los jóvenes, la agresividad es una máscara que cubre múltiples situaciones conflictivas. El joven es fuerte por naturaleza y necesita aplicar su fuerza en algo; si encuentra cómo dirigirla inteligentemente, se convierte en un hombre realizado; si no encuentra cómo expresar tanta y tanta energía, la vuelca contra los demás y contra sí mismo bajo la forma de agresividad.

El joven tiene la vida por delante, como tantas veces suele decirse, es cierto; pero lo que tiene delante no le ofrece ninguna seguridad. Tampoco sabe con certeza si va hacia adelante, o si simplemente va hacia alguna parte. No confía en las generaciones precedentes, pero tampoco sueña con las venideras, en tanto aguanta a duras penas a los que comparten sus propios problemas y su mismo esquema de vida. El joven se siente acorralado por un conjunto de inseguridades –la primera de todas en él mismo– y por un cúmulo de desencantos prematuros que van a dar irremediabilmente en la desesperación. El fruto inmediato de esta desesperación es, precisamente, la agresividad. Todos tienen la culpa de su desaliento, y cuando ya está harto de culpar y agredir a los demás, le toca el turno de volverse contra sí mismo. De allí la anormal cantidad de suicidios que se dan entre los jóvenes; suicidios sin causa aparente, pero que, sin embargo, se han gestado durante mucho tiempo en el interior alucinado de los que se sienten «fuera del mundo».

Por una u otra razón, lo cierto es que nos ha tocado vivir una época de escasa convivencia humana. La agresividad ha reemplazado a la sensatez de la sabiduría. Y que conste que no nos referimos a la violencia, como resultado más o menos directo de la agresividad, que ese ya es otro problema mucho más agudo. Hoy tan solo nos preo-

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

cupa esa amargura creciente que se ha convertido en denominador común de las relaciones humanas.

Las soluciones no son fáciles, porque no pueden darse con rapidez, de la noche a la mañana, y porque no pueden aplicarse sin la colaboración directa de cada uno de los imbricados en la cuestión. En todo caso, la urgencia mayor se da a nivel de los jóvenes, de esa generación que dentro de no mucho habrá de hacerse cargo de la conducción de sus propios destinos y, por consiguiente, del destino de su época entera.

Es fundamental eliminar el «vacío», la falta de metas, de ilusiones, de planes, de estudios, de trabajo. Cada joven debe saber por qué vive, para qué vive y cómo vive. Nadie podrá evitar las tribulaciones y dificultades naturales de la existencia, pero al menos habrá un sentido de responsabilidad que permitirá afrontar con entereza cada uno de los problemas que surjan.

Una vez más la filosofía, en su completura de amor a la sabiduría, y en su aplicación como forma de vida, se presenta como solución adecuada a una agresividad que, en el mejor de los casos, no es más que un derroche de energía inútil.

La máscara hiriente caerá cuando el ser humano, el joven en particular, pueda expresar con sinceridad sus auténticos valores, sin necesidad de disfrazar el vacío de un corazón dolorido por la ignorancia.



Cuando la sensatez y el conocimiento desaparecen del panorama de la vida cotidiana, entonces la llamada «opinión pública» se erige en juez infalible de todo lo que se hace y se dice.

Sin embargo, la opinión pública no es ni sabia ni sensata, y no porque no tenga posibilidad de serlo, sino porque no interesa que lo sea. Al contrario, se trata de manipular esa opinión, haciéndola tan variable como la moda misma.

La realidad diaria nos muestra una opinión pública que se mueve entre los dos perpetuos extremos: críticas y halagos, yendo de uno a otro como péndulo inagotable. Y es tan temible ese péndulo que el halago supone la posibilidad de existencia y acción, mientras que la crítica es algo así como una lápida sobre la cual nadie se atreve a levantar cabeza.

El veredicto del juez opinante es considerado definitivo, a tal punto que lo más deseable es una tranquilidad, una inercia en la cual nadie nos quiere ni nos odia, pero tampoco se fija en nosotros.

Sin embargo, críticas y halagos son señal de movimiento, mientras que el anonimato de la tranquilidad es señal de estatismo. Si nada hacemos, nada arriesgamos, ni entramos por consiguiente en el juego de los extremos por el que somos aceptados o rechazados. Si actuamos, hemos de aceptar como lógico y natural que haya quienes estén conformes con nuestra actuación y haya quienes no lo estén, sin que por ello nos veamos obligados a detener la marcha, pues al hombre convencido de la necesidad de acción, no le importan ni críticas ni halagos; solo le importa el cumplir con su deber, más allá de lo que la moda pública opine sobre el deber.

La Historia, en su constante devenir, nos muestra que, según sus ciclos, son también los intereses humanos: a veces importa más el deber y el honor que ninguna otra cosa, y a veces estos principios quedan eclipsados por un hedonismo y un materialismo que no quieren compromisos profundos con el hombre interior, ni con la Historia, ni con Dios. Allí es donde entra en juego la «opinión pública» y sus variadas modas. Y allí reside el riesgo de perderse en vanas especulaciones, mientras se esperan los aplausos que nunca vendrán y mientras se pierden las buenas oportunidades de actuar de manera útil y efectiva en la vida.

Lo importante es actuar, definirse, arriesgar muchas veces una equivocación, pero poner la energía humana al servicio activo de uno mismo, de los otros hombres y, en síntesis, de Dios. Si nos elogian, bien; si no nos elogian, bien también; y si nos critican, igualmente bien.

Del mismo modo en que ni el Sol deja de alumbrar ni el mar de batir las costas, con la misma inexorabilidad, y más allá de las meras opiniones, el hombre idealista ha

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

de cumplir con el Destino, dando cabida a la voz de su vieja y profunda conciencia antes que a las mudables versiones temporales.

Antes que el alma pueda oír, es menester que uno se vuelva tan sordo a los rugidos como a los susurros, a los bramidos de los elefantes furiosos, como al zumbido argentino de la dorada mosca de fuego (*Libro de los Preceptos de Oro. Tíbet*).



A menudo nos preguntamos qué es lo que merece la pena vivirse, pues muchas veces tropezamos con la ya conocida expresión de «esto no merece la pena». Es como si la vida nos pusiera delante un surtido escaparate en el cual debemos elegir entre aquellas cosas que tienen interés para nosotros y las que importan poco y nada.

Algo de eso hay. Y nos llama la atención el hecho de que,elijamos lo que elijamos, todo supone penas, esfuerzos, solo que algunas cosas lo merecen y otras no.

¿Qué es, pues, lo que hoy merece la pena?

En primer lugar, se trata de resolver la situación humana aquí y ahora, en el sentido puramente material y confortable de la cuestión. A continuación, se trata de conseguir una vaguedad agradable en lo que a sentimientos e ideas se refiere; sentir o pensar en profundidad sólo trae complicaciones que, por supuesto, no compensan nuestras penas. En general, interesa dejarse llevar por la corriente, adaptarse a las opiniones aceptadas, llenar de vacío las horas vacías, para que no se note que están vacías. Vocaciones, investigación, autoconocimiento, amor, amistad... eso ya «no se lleva», no merece la pena, no rinde nada en una sociedad que casi no valora esos productos.

Pero, si reflexionamos un poco más, comprobaremos que hay cosas que siempre han merecido y siguen mereciendo la pena: son aquellas que perduran, las que no desaparecen rápidamente, las que son nuestras compañeras tanto hoy como mañana.

Merece la pena el conocernos a nosotros mismos como seres humanos con conciencia, pues lo que en este sentido se aprende, con toda seguridad perdura, y nadie nos lo puede quitar.

Cuanto más nos acercamos –por razón o por intuición– a las verdades importantes, en cuanto a ideas estables y de peso, más seguros estamos de nosotros mismos, y eso sí merece la pena.

Cuanto más conocemos y comprendemos a la gente y sus problemas, más afectos y amistades tenemos en nuestro haber y, aunque no sean perdurables en todos los casos, también merece la pena.

Dedicar la vida a una ocupación útil para uno mismo y para los demás es darle sentido a la existencia, y eso merece asimismo la pena, pues dura tanto como nuestros años sobre la Tierra.

Todos estos y más son elementos perdurables que podemos encontrar en la tradición filosófica de todos los tiempos y lugares. Y esto es algo que sí merece la pena ser vivido: LA FILOSOFÍA ENTENDIDA COMO UNA FORMA DE VIDA.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

¿SABER O CONOCER?

Hace ya unos cuantos años decía Bacon que «La satisfacción de la curiosidad es, para algunos hombres, el fin del conocimiento». Y hace más de un siglo un gran maestro agregaba que «Bacon estuvo tan en lo justo al formular esta verdad trillada, como los que la conocieron antes que él lo estaban al separar la sabiduría del conocimiento».

La divulgación de los conocimientos en todas las ramas, científicas, filosóficas, artísticas, sociológicas, políticas, económicas, y otras tantas que ahora se nos escapan, han logrado, más que una difusión seria, la creación de un mercado destinado a satisfacer curiosidades. Y si la curiosidad no se manifiesta o no existe, ya aparece quien se encarga de promoverla a través de la propaganda sensacionalista y el amplio e indiscriminado uso de los medios de comunicación.

De más está decir que la curiosidad nunca se satisface por estas vías, porque el público –en su mayoría– no está preparado para agotar en profundidad temas tan diversos, y porque las disciplinas arriba mencionadas –y las que podamos haber olvidado mencionar– cambian de posturas y opiniones con la misma velocidad con que descubren o creen descubrir nuevos aspectos en los ámbitos de su investigación. Así, hay temas y curiosidad para rato...

Pero avancemos un paso más. Pasemos de la simple curiosidad al conocimiento desarrollado y profundizado en años de estudio y trabajo. Aunque esta pudiera parecer la meta más alta a alcanzar, tampoco es así, porque el conocimiento sólo atañe a una parte específica de la persona: ocupa, según los casos, la mente, el cuerpo, los sentimientos, pero es muy difícil que abra las impresionantes puertas de la intuición, los resortes escondidos del alma, la ansiedad imparabile de perfección, sea cual sea la tarea que hayamos acometido.

Es aquí donde entramos en el dominio de la sabiduría. Saber es mucho más que conocer. Es un conocimiento que no se olvida, que no radica simplemente en la superficie externa de la memoria, sino en los pliegues más profundos del verdadero ser. Lo que se sabe se convierte en parte de uno mismo. Y así como uno mismo siempre «es», aunque no sea igual de niño que de adulto, la sabiduría obliga a ese avance en madurez que corre con el tiempo, si bien un tiempo que se hace eterno cuando se refiere al propio crecimiento.

Estamos en época de grandes conquistas. Todos pretenden ofrecernos lo mejor. Exijamos, pues, lo mejor, y empecemos por exigirnoslo a nosotros mismos. Allí donde pongamos las manos, los ojos, el sentimiento o la idea de nuestro quehacer, hagámoslo con espíritu de grandeza y perfección; con esa visión que, de puro amplia, vuelve hermanas a las ciencias, las artes, las religiones y las filosofías.

Lo nuestro es SABER.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

SOBRESALIR

Preguntémonos por un hecho de suma validez para los hombres de nuestros días: ¿cuáles son las diferentes formas de lograr el éxito, de sobresalir, en una palabra? Hay una cosa indiscutible: todos los hombres, de una manera u otra, tratan de destacar, de triunfar; es como una necesidad vital. Es la necesidad de hacer algo, pero sobre todo, algo importante; es la necesidad de actuar, pero actuar en algo que no pase desapercibido. Se trata de «ser alguien», de no desaparecer en el anonimato, de que el nombre de uno suene entre la mayor cantidad de gente posible.

La ley natural de la vida nos lleva a la acción. Todo el universo actúa, se mueve, se dirige hacia alguna parte, aunque nosotros no podamos precisar con exactitud ese destino. Así pues, la necesidad de acción no debe extrañarnos, en cuanto el hombre responde armónicamente a las leyes universales. También es natural que toda acción tenga un resultado, una respuesta acorde. El caso es que hoy se enfoca la acción y sus resultados bajo la óptica del éxito fácil: hay que sobresalir, hay que destacar entre los demás antes que lograr que las cosas que hacemos estén bien hechas; con que parezca que están bien hechas, basta.

En esta carrera imparable por sobresalir, solemos encontrarnos con diversas formas de actuación.

Los hay que se esfuerzan personalmente y buscan, dentro de lo que está a su alcance, unos medios adecuados para destacar.

Otros, si bien se valen de su propio esfuerzo y trabajo, no reparan en los medios que les han de llevar a obtener esos tan ansiados signos exteriores del éxito.

Y no faltan los que, simplemente, se dedican a aplastar a los demás para parecer más altos.

De una forma u otra, los resultados que se obtienen, salvo excepciones, son bastante tristes. La condición exigida del triunfo exterior produce hombres insatisfechos en el mejor de los casos, cuando no traumatizados y neuróticos; no faltan los deprimidos, envidiosos, salvajes y agresivos, o bien los vanidosos, crueles y despiadados, sin descontar los advenedizos y aprovechados y otros cientos de ejemplos que ampliarían la fauna antes expuesta.

Preguntémonos, pues: ¿hacia dónde conduce esta carreta y qué sentido tiene? La Historia, como experiencia de la Humanidad, y la propia experiencia personal, nos indican que estos oropeles van y vienen con el viento. Lo que hoy vale, mañana es estigma, y lo que ayer fue motivo de pena de muerte, hoy es propaganda prestigiosa.

¿Sobresalir entre quiénes y para qué?

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

La misma pregunta que me planteo me lleva a concebir ese deseo de destacar como un impulso natural del alma: es propio del hombre aspirar cada vez a más y mejor. Pero también entiendo que sobresalir es fundamentalmente crecer, crecer de verdad y no calzarse zancos; es estirarse por dentro hacia lo más alto y lo más bueno. Y es ganar el propio respeto, la propia estima, es estar a gusto con la propia conciencia.

Hay formas de destacar que parecen ya casi olvidadas como, por ejemplo...

- el conocerse a sí mismo para mejor dominar los aspectos negativos y potenciar los positivos;
- el apoyarse sin falsas vergüenzas en el ejemplo de los que supieron triunfar en nombre de lo bueno, lo bello y lo justo;
- el desentenderse de lo que la moda impone, o de los desvaríos psicológicos y pseudorracionales de un momento dado;
- el hacer de la vida un ejercicio de perfección cotidiana...

Conviene recordar que no es bueno sobresalir tan sólo un instante, pues se llega a los mismos estados de desesperación de quienes no lograron los necesarios símbolos de prestigio. En cambio, vale la pena un intento más serio y continuado que nos lleve a un crecimiento interior sólido, estable, ininterrumpido, siempre en pos de lo más grande y de lo mejor.

Por eso nos preguntamos por la necesidad y el sentido de sobresalir y por los medios que existen para lograrlo. La necesidad está clara.

El sentido y los medios dependen de la elección que cada uno sepa hacer y, en este caso, las preguntas que nos hagamos a nosotros mismos y con la máxima sinceridad no estarán nunca de más.



Esta es una pregunta que nos sugieren las auténticas obras maestras, aquellas creaciones y actuaciones geniales que algunos hombres han logrado plasmar como si hubiesen estado dirigidos por unas fuerzas especiales, a todas luces superiores a esos mismos hombres. ¿Cuál fue la mágica chispa que los llevó de la mano? ¿Qué corrientes extraordinarias supieron seguir?

Esa es también la pregunta que nos acosa personalmente en esos momentos en que estamos deseosos de expresar lo mejor de cuanto sentimos y pensamos, aunque sin saber cómo hacerlo. Y es, asimismo, lo que nos preguntamos cuando nos hallamos vacíos de ideas y emociones, cual si fuésemos un saco de piel y huesos sin otra posibilidad de vida.

Entonces recordamos a los grandes creadores, a los que supieron entrar en contacto con la inspiración arañando su secreto. ¿Podríamos asegurar que existe un puente entre los hombres y el mundo de las ideas, capaz de establecer ese vínculo que llamamos inspiración? Tal vez no haya un solo puente, un único lazo entre nosotros y aquello pues, si así fuese, los que pudieron atravesar el puente nos habrían contado cómo lo hicieron y dónde llegaron. Tal vez cada hombre deba tender sus propias redes, con sus propios medios, y en esto radique el misterio del despertar de la inspiración.

Además, mucho me temo que en este proceso poco y nada tenga que ver la mente racional de la que hemos hecho el símbolo distintivo del hombre. La experiencia indica que cuanto más insistamos con la razón más nos alejamos de la inspiración.

Decían los antiguos sabios que el secreto consiste en convertirse en cañas huecas... y dejar que por ellas corra la intuición. Y entonces es cuando se produce el milagro: nosotros seguimos vacíos –huecos, más que vacíos– y un tropel de imágenes nos desborda, obligándonos a actuar extraordinariamente rápido. Lo que no se diga, no se pinte, no se escriba o no se elabore en ese instante, quedará perdido. No se trata de obras exactamente nuestras; algo o alguien nos las da, y lo nuestro es captarlas y transmitir las. Es un momento de éxtasis, de contacto con un mundo diferente al nuestro, más sutil, más bello, más perfecto en todos sus aspectos. Es como disponer de un aparato receptor de gran sensibilidad, pero del que desconocemos su funcionamiento y su manejo. Solo podemos aprovecharlo cuando está en marcha.

Disponemos de varias descripciones, más o menos inspiradas, que nos dan una posible clave de interpretación. Si hay afinidad entre nuestras vibraciones personales y ese mundo de ideas perfectas que queremos alcanzar, el contacto se establece con solo desearlo fuertemente. Está en nosotros, pues, desarrollar y alimentar esas corrientes de simpatía acordes a cuanto de bueno y bello queremos captar y transmitir. Está en nosotros abrir las puertas a la inspiración.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Y cuando volvamos a preguntarnos: ¿qué es la inspiración?, es probable que sigamos sin tener una respuesta concreta; pero sí tendremos en cambio la extraña y maravillosa sensación de haber sido rozados por un halo prodigioso que viene desde más allá del tiempo y del espacio, de la eterna fuente en la que todos, alguna vez, hemos soñado beber.



¿POR QUÉ SE GASTAN LOS SENTIMIENTOS?

A veces resulta interesante volver sobre las preguntas que uno se hacía al recorrer los primeros pasos de un ideal filosófico; sobre todo, para comprobar las respuestas que la experiencia nos ha ido proporcionando y para asegurarse de que el espíritu permanece inalterable en sus concepciones fundamentales.

Hace años me preocupaba la seguridad con que los «mayores» auguraban la corta duración de mis mejores sueños, de mis aspiraciones a una vida diferente, mejor, más profunda y llena de contenido. Me decían –entonces a mí, y me temo que hoy a muchos otros en parecida situación– que los ideales son buenos para llenar los años de la adolescencia, para encender los primeros fuegos a impulsos de la acción. Pero que, luego, la vida con sus exigencias, con sus repeticiones y desencantos se encargaría de borrar esos ideales para dejar paso a sistemas más prácticos y concretos.

En aquellos tiempos me rebelaba contra esas afirmaciones, y hoy sigo haciéndolo. Antes me oponía con la fuerza de la juventud recién estrenada, y hoy lo hago con el apoyo de mis propias experiencias, como constatación de que aquellas que parecían leyes fijas dictadas por las generaciones precedentes no lo eran tanto. Sin embargo, hay hechos que dejan en pie las viejas preguntas. No todos los idealistas que en sus primeros años quieren «comerse el mundo», continúan en la brecha con el mismo impulso a medida que pasa el tiempo. ¿Por qué se gastan las ideas y los sentimientos? ¿Qué sucede con aquellos que van dejando morir lo mejor de sí en el camino?

Hoy me contesto que solo puede gastarse aquello que es de naturaleza perecedera. Es lógico que nuestros cuerpos materiales vayan perdiendo lozanía y que la energía, que es otra forma de materia, los vaya abandonando. Esa es una ley inherente a toda manifestación en este mundo objetivo. Pero, a medida que nos adentramos en los planos más subjetivos del hombre, tales como sus ideas y sentimientos, a medida que podemos prescindir del apoyo estrictamente material, ¿no podemos lograr una mayor perdurabilidad?

Lejos de mí la aspiración a un estatismo absurdo, o al anquilosamiento de los esquemas mentales y emocionales sin permitir ninguna variación. No. Del mismo modo en que los cuerpos se van adaptando a las necesidades de la vida, que se vale de ellos para expresarse, así también, ideas y sentimientos pueden variar con el tiempo. Pero, en todo caso, ha de ser para lograr una mayor perfección, una mayor decantación avalada por la experiencia; no para desaparecer como polvo, para desgastarse como zapatos muy usados, como barcas que hacen agua o muros que dejan colar el viento...

Preguntémonos entonces, por la calidad de esos sentimientos y esas ideas que han perecido ante los embates del tiempo. ¿No serían, acaso, tan frágiles como la materia del cuerpo, y aún más, puesto que no han durado lo que la vida completa de ese mismo cuerpo? ¿No serían ensueños, espejismos, sombras apenas, a las que en la

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

ignorancia algunos se aferran por un momento, para desmoronarse luego con el desencanto de una ilusión pasajera?

Y, sin embargo, podríamos preguntarnos por otros ejemplos, totalmente opuestos a estos que acabamos de mencionar. ¿De qué naturaleza son los sentimientos que vencen las barreras de la vida y de la muerte, que reaparecen una y otra vez con la misma perseverancia del sol por las mañanas? ¿Qué decir de esas ideas firmes que inspiran toda una existencia y que son lo suficientemente sólidas como para seguir alentando a otros hombres? ¿No son de esta estirpe los científicos que buscan y trabajan incansablemente, heredando aspiraciones y esfuerzos unos de otros, hasta conseguir sus propósitos? ¿No lo son los místicos que aman a Dios en todas las cosas y sobre todas las cosas? ¿No lo son los Romeos y Julietas, los Paris y Helenas, los artistas perpetuamente enamorados de su arte, los filósofos, seguidores incansables de la sabiduría atemporal?

¿Es que no existen, pues, los elementos sólidos, perdurables, ejemplares, en los planos subjetivos? ¡Claro que existen, claro que son posibles! Solo hay que saber dar con ellos, no dejarse engañar por las falacias ni dejarse caer ante las pruebas de la vida. Nada valdero se consigue sin esfuerzo, y ningún sentimiento o idea que valga lo bastante como para regir todo nuestro camino ha de venirnos sin más, sin conquista y sin lucha por la conquista.

Aquello que se desgasta lleva en sí el sello de lo falible. Dejemos, pues, que se desgaste, que siga su destino y, en cambio, tratemos de preservar lo que sabemos que puede constituir un tesoro y un apoyo para toda la vida, para todas las vidas. Sepamos preguntarnos a diario por la consistencia de nuestras vivencias y sepamos, asimismo, dar consistencia a todo lo que nos ha de alimentar espiritualmente. Construyamos mundos de ideas y sentimientos que puedan permanecer con nosotros todo nuestro tiempo, y aun mucho más, como para volver a encontrarnos con ellos cuando nos llegue, como a todas las cosas, el momento de recomenzar y reconocernos.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

EL HÉROE COTIDIANO

Entre las muchas cosas que «ya no se llevan» está lo heroico, el sentido heroico de la vida. Eso de los héroes queda para los libros, ya ni siquiera libros de Historia, sino de historias fantásticas para niños, a los que se entretiene con héroes de papel o de celuloide, siempre y cuando no intervenga el psicólogo de turno para expresar que tales relatos distorsionan la mente infantil.

Pero, a pesar de las pretendidas modas, la vida, en su rico muestrario, nos ofrece muchas más heroicidades de las que uno está dispuesto a admitir. No se trata de los grandes personajes, de esos que, a pesar de la opacidad de las críticas envidiosas, siguen brillando con luz propia en el tiempo; no. Se trata de los pequeños héroes cotidianos que realizan verdaderas gestas, con un esfuerzo digno de titanes, aunque tengan la altura de los hombres.

Cada uno tiene su medida. Cada uno tiene sus sentimientos y sus ideas, cada uno tiene sus sueños, sus ambiciones. Cada uno tiene sus deseos de cambiar, de mejorar, de dejar el mundo un poquitín diferente de como lo encontró... Y allí, en ese cada uno, con todas esas características, está el héroe cotidiano, el que se afana laboriosamente para conseguir algo o mucho de lo mencionado.

Si algún escritor dotado recogiese las peripecias de estos personajes anónimos y les diese expresión con la palabra, convertiría a personajes y peripecias en héroes y heroicidades, porque sabría destacar el valor de cada experiencia, la valentía de cada minuto.

Cuando la filosofía clásica ponderaba a los héroes, haciéndoles reconocer por todos, creo que no se apoyaba solamente en gestas guerreras o en actos sobresalientes de destreza psíquica o biológica. Creo entrever, en más de un filósofo, una callada y sutil invitación a emular a esos héroes desde la sencillez de nuestras propias vidas, desde el puesto de guerra –¿por qué no?– que el Destino nos ha concedido a cada uno de nosotros.

El sentido heroico de la vida no se agota en una batalla, ni en una oportunidad difícil de la que hayamos podido salir victoriosos. Por eso hablamos de un SENTIDO DE LA VIDA, y no de una ocasión en la vida. El sentido de la vida es como una dirección general, es un sendero que, con más o menos vericuetos, lleva hacia una meta.

Y la heroicidad consiste, pues, en enfocar cada día, cada acto, como una prueba en la que todas nuestras fuerzas, desde las físicas hasta las sutiles de la inteligencia y del alma, van a entrar en juego. A veces caeremos, y otras tantas, y cuantas hagan falta, nos volveremos a levantar... Entonces, ¿no sientes aún al héroe en ti? Hazle un sitio y lo verás crecer como una columna en tu propio interior.

**EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN**

Esta es una invitación a lo heroico: ser diferente, ser mejor, ser claro, honesto y razonable en nombre de una filosofía natural, cuando todos insisten en destruirse en aras de la cursilería y de la ignorancia.



Aunque son muchos, y en muchas oportunidades, los que han hablado de las críticas constructivas y las críticas destructivas, nos atrevemos a disentir en este aspecto, ya que la experiencia diaria nos demuestra que las críticas son siempre destructivas. Y esto no es culpa de la crítica como procedimiento racional, sino de las personas que actúan llevadas por sus impulsos emocionales y subjetivos antes que por la razón y el buen sentido.

Vivimos en un mundo disfrazado de seguridad y de certezas, pero el contrasentido se da en lo profundo de cada ser humano donde se manifiesta, de manera más o menos explícita, la inseguridad, la duda y el miedo.

Por una parte, el potencial de acción y creación está notablemente reducido; por otra, la capacidad de entender y superar los problemas se ve recortada por la ignorancia que existe en estos terrenos, y así, el hombre se protege, disfrazando sus temores y su inhabilidad bajo la forma de críticas.

En general, todo es objeto de crítica, y destructiva por cierto, pues cuanto peores son los demás, mejor se siente el que inconscientemente se defiende al ocultar sus propios defectos.

El que critica es automáticamente el que sabe, el que supuestamente puede hacer las cosas mejor que los otros y el que tiene las soluciones a todos los problemas.

El que critica jamás se preocupa en buscar nada bueno en nada ni en nadie, no justifica ningún error ni perdona la menor falta.

El que critica es, pues, quien se cree en posesión de toda la verdad y quien se considera libre de toda equivocación; como mucho, guardará sus elogios, más o menos extensos según las necesidades, para la persona, grupo o estructura sociopolítica en la cual se siente amparado.

El que critica, en todo caso, se cuida mucho de llevar a la práctica sus ideas, pues nada mejor que la puesta en acción para demostrar que también podría ser objeto de iguales o peores críticas que las que él ha formulado. La crítica genera críticas; de la mala voluntad sólo deviene mala voluntad.

Sin que lo expuesto signifique cerrar los ojos, oídos y boca dejando pasar todo lo que honradamente se considera erróneo, creemos que hay maneras de señalar errores, y maneras de volver el espíritu crítico hacia uno mismo en busca de un perfeccionamiento que avale, al menos, esa crítica.

Más allá de los engaños deliberados a los que nos vemos sometidos por el endiablado esquema actual de vida que llevamos, lo cierto es que siguen existiendo

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

seres de buena voluntad en el mundo; no hay nada más hermoso que reconocer los logros de estos seres y estimularlos.

Y lo cierto también es que, si no encontramos nada que valga la pena, no hay crítica más constructiva que ponerse a trabajar en aquello que creemos bueno y posible. El ejemplo sigue siendo la mejor de las enseñanzas, la mejor demostración y el más acabado argumento.



Muchos siglos antes de que los medios de comunicación lanzaran al mercado los postulados del psicoanálisis, ya era conocido por los sabios el hecho de que los hombres se expresaran a través de símbolos y de que su comportamiento, en general, encierra claves más profundas de lo que simplemente aparece a la vista.

Y si bien no hay nada nuevo en este hecho, sí debería ser nueva la exigencia de ponernos al tanto de lo que estos símbolos significan, ya que nos afectan a todos en mayor o menor proporción.

Hoy, más que antes, las dificultades de la vida imponen el lenguaje simbólico; el temor a la soledad y a la incompreensión obligan a esconder la mayoría de los sentimientos y de las ideas o, por lo menos, a disfrazarlos adecuadamente. En nosotros está, entonces, la habilidad para descifrar esta forma de expresión que, paulatinamente, viene a constituir un nuevo lenguaje.

Hoy, como muchas otras veces en la Historia, los hombres intentan vivir el presente minuto a minuto, negando mayor valor al pasado, y tratando de desentenderse del futuro. El olvido del pasado puede indicar, como símbolo, varias posibilidades: desde la ignorancia hasta un mal enfocado deseo de renovación; desde el miedo a las comparaciones hasta el otro miedo de no poder dar la talla en el momento actual. Borrar el pasado es, así, la mejor manera de valorizar lo poco y nada que se hace en el presente.

Pero mucho más peligroso es el desdén por el futuro. Aquí sí merece la pena desentrañar los símbolos que se esconden tras esta actitud negativa. Resulta difícil para el ser pensante e inteligente desligarse del tiempo y de sus dimensiones; resulta difícil, casi imposible, deslindar el presente del pasado y del futuro. Y, más difícil todavía, no interesarse por el futuro, cuando allí pueden realizarse todos los sueños y esperanzas que hoy nos animan.

Es probable que, en términos simbólicos, lo que más se niega sea lo que más preocupa; lo que más se desprecia sea lo que más acapara la mente y las emociones.

Vivir exclusivamente al minuto sería, en este caso, una forma de escapar del miedo a enfrentar un futuro no deseado, sino temible, por cuanto subconscientemente sabemos que no podemos aspirar a un futuro donde no aparezcan necesariamente las consecuencias de lo que vamos sembrando ahora, día a día.

El desconcierto actual podría dar unos frutos desagradables, al punto de cerrar los ojos ante ellos e imaginar que, al no verlos, tampoco tendrán realidad. Pero el futuro es inexorable, tanto como el pasado que ya ha transcurrido y no puede borrarse por mucho que lo pintemos de diversos colores.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Como filósofos, como amantes de la verdad, nos corresponde la ardua pero noble tarea de abrir los ojos, enfrentar la realidad y lanzarnos hacia adentro, construyendo en el presente. Siempre estamos a tiempo de corregir la dirección de la marcha y los objetivos; de planear nuevas condiciones para el porvenir.

También cabe en este caso el lenguaje simbólico, pues el sano optimismo orientado hacia el mañana provoca un fuerte impulso, que permite afrontar las más difíciles empresas.

Negar es símbolo de temor. Aceptar y poner en juego nuestro mejor esfuerzo es símbolo de conciencia.



Los últimos años de la historia de la Humanidad parecen haberse encaminado hacia la valorización de la libertad, como uno de los tesoros más importantes para la vida. Así, cada cual libra su propia batalla para conquistar ese preciado trofeo. Todos quieren ser libres, pero no todos piensan que la libertad es válida en la medida en que puede utilizarse...

El espectáculo que se nos ofrece en la actualidad es semejante al de los buscadores de oro de otras épocas, con una señalada diferencia: me temo que los buscadores de oro sabían para qué querían el oro y tenían pensadas mil formas de aplicación en el caso de hallar ese metal tan codiciado. Por el contrario, hoy casi nadie sabe para qué quiere la libertad; a lo sumo, nos dirán que «para hacer lo que les venga en gana». Pero una libertad que es simplemente libre a la manera de una anarquía vacía de contenido y finalidad, reproduce el ejemplo del avaro, que acumula riquezas desesperadamente, aunque mientras tanto vive en la miseria. Ningún avaro es capaz de explicar para qué ni para quién acumula su fortuna; sólo lo domina la ansiedad de la posesión.

Este es el problema que vivimos en el presente: todos quieren libertad, todos la piden para sí y para los demás, pero nadie se atreve a usarla ni mucho menos permite que la usen otros. Nadie se atreve a comprometerse en una libre decisión que resulte duradera y estable; nadie quiere arriesgar la mentada libertad por nada ni por nadie. La libertad es un bien de escasa aplicación, que en todo caso no pasa de gritos y protestas, si bien puede llegar a la violencia contra quienes tienen un concepto diferente de lo que es ser libre y de lo que supone el libre ejercicio de la voluntad.

Ideales nobles, formas dignas de vida, sentimientos elevados, fe en Dios y en el destino de los hombres no parecen ser objetivos indicados para la libertad. Hoy se cree que el hombre más libre es, precisamente, el que prescinde de todos estos valores; ahora se sostiene que la fidelidad a un sentimiento o una idea recorta la libertad. Y así, la libertad queda restringida a una búsqueda tibia de ciertos elementos que ayuden a vivir discretamente, pero sin compromiso alguno; se trata de ser libre para cambiar, pero sin arriesgarse, ni en los cambios, ni en los dudosos momentos de estabilidad.

Vivimos un mundo de hombres libres que lo son mientras no hagan nada, y esa libertad inactiva esconde la terrible realidad de una esclavitud, principalmente bajo las cadenas del miedo, de la indecisión, de la incapacidad de elegir y vivir ideas, sentimientos y actos que merezcan la feliz entrega de una libertad eficazmente ganada y ejercitada.

Vivimos una época de avaros indigentes que mueren de hambre a la vista de sus propios tesoros, que prefieren la angustia desesperante antes de gastar una sola moneda de su libertad. Y es que, una vez más, el criterio materialista nos ha llevado al error de juzgar todas las cosas con el mismo rasero. La libertad no es un montón de oro que

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

merma en la medida en que se gasta, sino que, por el contrario, es una condición humana, una virtud del alma que crece con su aplicación constante.

¿Que podemos equivocarnos al comprometernos? ¿Y quién nos asegura que no nos equivocamos al evadir todo compromiso? ¿Y acaso no es también característica de la libertad el reconocer los errores cometidos y corregirlos una vez que se los reconoce?

La filosofía clásica nos ha enseñado que la libertad es un don del hombre que se conoce y se posee a sí mismo, y que tal hombre no se aleja de la acción ni de la entrega, sino que crece más cuanto más experimenta, y es más libre cuanto más crece.

Este es el valioso aporte de la filosofía en la no menos valiosa búsqueda y conquista de la libertad individual y colectiva.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

EL TIEMPO

El tiempo... esa extraña dimensión de la cual el hombre no puede evadirse, tiene una amplia gama de expresión y, en su riqueza, nos permite vivir atrapados en él, y a la vez, cómodamente dentro de él.

Son muchas las maneras en que puede medirse el tiempo, y solo una de ellas es la que corresponde a los relojes. Para nuestro corazón, para nuestra inteligencia, para nuestro espíritu, se abren, en cambio, modalidades tan distintas de percepción temporal, que casi nos parece movernos en otra dimensión.

Existen, como es lógico, los períodos cortos y los períodos largos: un tiempo para realizar las cosas cotidianas e inmediatas, y un tiempo para las realizaciones humanas de gran envergadura, justo las que atañen al futuro.

El tiempo corto cabe dentro del reloj, se marca en el desgaste progresivo de nuestros cuerpos. El tiempo largo no solo no desgasta, sino que enriquece el alma, poniéndola en contacto con la idea de eternidad.

¿Cuál es el tiempo en que ha de vivir el hombre? Considerando las variadas posibilidades humanas, ha de vivir en todos ellos, encontrando la justa medida para cada uno de sus planos de expresión.

Todos los días puede y debe hacerse algo en el tiempo. Todos los días se presentan pequeños o grandes problemas que deben resolverse, o comenzar a hacerlo. Todos los días hay una nueva experiencia útil que recoger. Todos los días se puede crecer un poco más dentro de esos límites breves que señalan las horas y los minutos.

Sin embargo, aquí no acaba –ni siquiera comienza– la auténtica actividad humana. Más allá de los planes cotidianos y su cumplimiento, el hombre, como ser inmortal, ha de marcarse otras pautas de largo alcance que requieren, por lo mismo, largo aliento.

Hace falta más tiempo, más capacidad de lanzar los sueños hacia adelante, más fe en un futuro que, aunque todavía no se ve, se presiente con los sentidos más íntimos y sutiles que poseemos.

Un tiempo no molesta al otro. El actual con visión diaria, no quita la visión de infinito, porque hay en el hombre aspectos objetivos y aspectos metafísicos; cada cual tiene su propio tiempo, su propia forma de trabajar, su propia forma de conseguir resultados, su propia forma de esperar. En el tiempo corto, la espera se llama paciencia; en el tiempo largo, la espera se llama fe.

Así como vemos natural que unas plantas requieran más tiempo que otras para desenvolverse, hay metas humanas que brotan en pocos días y otras que solo florecen al

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

cabo de años, tantos años, que ni siquiera será uno mismo el que pueda alegrarse ante la visión del fruto obtenido. Pero ¿qué importa?

Si verdaderamente somos conscientes de nuestra inmortalidad, aquellos sueños que se harán realidad dentro de mucho llevarán, sin embargo, la impronta de nuestros esfuerzos, y los hombres que puedan gozar con esos logros tendrán, asimismo, la impronta inconfundible de una Humanidad en avance, en la que la fraternidad será semilla constante, tanto para el tiempo que se mide en minutos como para aquel que se mide en siglos.



La de hoy es una pregunta tan vieja como la misma Humanidad. ¿Qué es el amor? ¿Cómo encontrar a Eros, ya sin alas, en medio de tantas y tan variadas versiones que nos presentan las modernas sociedades?

En principio, pareciera que el significado del amor se ha enriquecido hasta límites insospechados, ofreciendo cada vez más posibilidades de expresión. Pero tras un análisis, no muy profundo, las cosas se presentan menos claras.

¿Podemos llamar amor al vulgar entrechocamiento de cuerpos, tan cantado por las costumbres liberales? ¿O acaso lo llamaremos a los frecuentes cambios e intercambios que exigen los instintos saciados, hartos, de jóvenes y menos jóvenes que ya no encuentran interés ni atractivo en nada? ¿Es amor la gran cantidad de aberraciones con que se intenta cubrir la carencia de auténticos sentimientos, el vacío emocional, en una palabra?

¿Cabén en el amor las compraventas, las relaciones de un día, los lazos que se deshacen ante el menor inconveniente? ¿Y qué decir del desgaste progresivo que lleva del entusiasmo a la apatía y de la apatía al odio? ¿Puede haber olvido e indiferencia donde antes hubo amor?

Eros se queda mudo ante mis preguntas. Sólo atina a fijar su mirada en sus alas rotas... Y, en la raíz de lo que fueron sus plumas brillantes, surge una gota, mezcla de sangre y lágrimas sin dueño. En el cristal de la gota se reflejan viejas imágenes, que al verlas, me obligan otra vez a preguntarme por el amor...

Echo de menos ese sentimiento poderoso que pone luz en la mirada del que lo lleva, y que ilumina con la misma fuerza todo lo que toca. Quiero volver a encontrar el entusiasmo ilimitado de los enamorados que viven el mundo como si fuese solo para ellos, que desprecian los obstáculos y se sienten capaces de arremeter contra todos los monstruos.

¿Qué se ha hecho del amor que trae consigo felicidad, éxtasis callado, ansias de estallar porque el corazón se queda pequeño?

¿Dónde están el hombre y la mujer que ofrecen el uno al otro todo lo que tienen, antes de pedir nada? ¿Dónde los que saben perdonar, esperar, confiar, ayudar, comprender, mirar más allá de unos cuerpos que están destinados a envejecer? ¿Dónde está la gloriosa certidumbre de haber encontrado al ser que nos hace falta para completar nuestra andadura por el mundo?

¿Dónde se ha escondido el lenguaje sin palabras, pero tan rico y expresivo, de los que comparten una misma ilusión, idéntica esperanza? ¿Dónde los detalles exquisitos, el afán de belleza, el homenaje delicado, el agradecimiento siempre renovado del

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

que ama y se sabe amado? ¿Dónde la pasión romántica que hace del ser humano un dios mucho más poderoso que sus simples instintos?

¿Dónde quedaron los amantes que lograron el milagro de detener el tiempo, borrar el espacio y espantar a la misma muerte? ¿Dónde encontrar a los que han hecho un altar de su unión, de su entrega, de su fidelidad, de su sinceridad?

Eros sigue sin responder. Pero, sin embargo, en él se encuentra la clave de mis preguntas. Él también va por el mundo buscando seres a los que inspirar ese sentimiento que es su razón de ser. Y puede que esos seres estén mucho más cerca de lo que él y yo, con mis preguntas, sospechamos.

Aquí, allí, en donde pongamos la mirada, puede haber hombres y mujeres que, sin atreverse a confesarlo, buscan al dios del amor. Porque cuando sean muchos los que vivan las cimas indescriptibles de tan elevada emoción, Eros recuperará sus alas y volará nuevamente por el éter, alentando y protegiendo el amor de todos los que aman.



Además de los otros muchos males que destrozan la ya mermada salud de la gente, existen estas otras enfermedades psicológicas que, no por sutiles, hacen menos daño que las estrictamente físicas.

La desconfianza es un corrosivo creciente que avanza en las sociedades, destruyendo toda forma de convivencia, desde la más compleja de los grandes grupos humanos políticamente configurados hasta el conjunto familiar y las simples relaciones personales.

No podemos comparar la desconfianza con la maldad pura, ni con nefastas y deliberadas intenciones; al contrario, es una actitud que presupone la mala intención en los demás, cosa desgraciadamente justificada por los hechos en demasiadas ocasiones.

Al respecto, podemos encontrarnos con dos posturas radicalmente opuestas aunque ambas desembocan en similares resultados: el confiado absoluto y el desconfiado total.

El que no desconfía parte de la base de que todo el mundo es bueno mientras no se demuestre lo contrario. Este suele recoger algunas experiencias muy bellas, ya que su misma forma de ser atrae a otros que piensan y actúan de manera parecida. Pero también se lleva tremendas desilusiones que lo obligan a plantearse la vida bajo la perspectiva de la «ley de la selva»; hay que abrirse paso a golpes, bajos o no y, aunque no se quiera participar de este sistema, uno se ve limitado a la opción de pegar o de recibir golpes, sin más.

El que desconfía, en cambio, se salva de algunas situaciones dolorosas, pero pierde otras muchas oportunidades de encontrar cosas buenas. Este parte del hecho de que todo el mundo es malo en tanto no se demuestre lo contrario; es el que toma la iniciativa en la «ley de la selva», consistente en herir o huir antes de ser herido.

En síntesis: o todos son buenos o todos son malos hasta que no se compruebe lo contrario... Pero el caso es que resulta mucho más fácil embarrar el agua clara que aclarar el agua turbia: la desconfianza lo embarra todo y es muy difícil volver las aguas a su natural transparencia. Enturbia los hechos, los deforma, o pierde la forma de verlos, tal como sucede con alguien que quisiera usar un arroyo fangoso para mirarse en su espejo.

Como remate de esta situación generalizada de desconfianza, se llega a una terrible injusticia en el trato humano, asestándose unos a otros golpes de ciego sin razón ni necesidad. Se desemboca en una lamentable soledad, en un todos contra todos, aunque solapado y disfrazado tras unos correctos y falsos modales. Y, por último, se llega al miedo, que es una de las caretas de la desconfianza.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Una vez más, preguntémonos por la solución a estos interrogantes que nos plantea la vida. Creemos, como tantas veces hemos sostenido, que se trata de desarrollar el sentido común, una buena dosis de discernimiento probado en el ejercicio de la propia conciencia y en la educación de la propia personalidad. Sólo así se podrá confiar o desconfiar en la justa medida de lo que nos indique nuestro ya elaborado criterio, sano y estable. Se trata de buscar esta fórmula, no solo como paliativo para la desconfianza, sino para el miedo que, como sombra de la anterior, oscurece tantas vidas.

Preguntémonos y aprendamos a respondernos. Vale la pena intentar este diálogo interior para mejorar sensiblemente nuestro diálogo con los demás.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

LO QUE AMAMOS, LO QUE TEMEMOS

Una vieja enseñanza, que a fuerza de filosófica es esotérica, indica que todos los hombres, tarde o temprano, nos encontramos en la vida con aquello que amamos y aquello que tememos.

¿Es esta, acaso, una profecía fatídica, un augurio ineludible? No, es una profunda enseñanza, el fruto de una sabiduría que no ha perdido actualidad en absoluto. Nos pone ante la evidencia del poder que encierra nuestro mundo psíquico: la fuerza de las emociones, lo que se quiere, lo que se teme, es capaz de mover los hilos escondidos de la voluntad, puede coordinar las ideas y conducir a la plasmación de los hechos.

Y nos pone también ante otra evidencia: todos vamos por la vida llenos de anhelos, ilusiones, aspiraciones, y todos llevamos de manera más o menos oculta una cierta cantidad de temores.

Es más, hoy se lleva «no tener miedo a nada», o bien, afirmar que no hay nada que temer..., pero es el temor el que nos hace mencionar abiertamente nuestras pretensiones agradables y evitar toda referencia a los miedos.

No tener miedo a nada constituye un extremo peligroso que es propio del hombre temerario, falto de conciencia. ¿Que no hay nada que temer? Forma parte de la misma inconsciencia. Temer a todo y todas las cosas es propio del hombre pusilánime, falto de fortaleza, lo más parecido a la cobardía.

Lo propio es el justo medio, la valentía interior que sabe reconocer las cosas como son y darles su valor correcto. El valiente sabe lo que debe temer y evitar, y lo que debe querer y promover.

En conclusión, todos queremos algo, todos tememos algo, y por eso mismo llegaremos a objetivar unas y otras cosas.

Es de desear que el miedo se convierta en sano temor por aquellas cosas que debemos evitar, y es de desear que queramos evitar los peligros que, inteligentemente, somos capaces de detectar y prevenir.

Es de desear que el amor apunte hacia metas cada vez más positivas, para erradicar el cúmulo de desastres que ya nos aquejan y para que ese amor termine por copar todo el espacio vital de los temores.

Cuanto más sepamos querer, menos tendremos que temer.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

LLENAR LA VIDA

Nos preguntamos... ¿qué es la vida? ¿Qué es vivir para un filósofo?

El especial modo de existencia que aqueja al ser humano en los últimos siglos hace que se olviden ciertos valores sencillos, pero importantes, mientras ese lugar es ocupado por elementos carentes de sentido. Por eso resulta tan difícil definir lo que es la vida.

Desde luego, es mucho más que disponer de un cuerpo e intentar satisfacerlo en todos sus caprichos, dominándolo en verdad poco y mal y viniendo a ser su esclavo la mayoría de las veces.

Tampoco es lograr un lugar destacado en la sociedad, porque el prestigio y las alabanzas son sombras ilusorias que otorgan hombres sumidos, asimismo, en la ilusión; lo que hoy existe mañana desaparece sin razón aparente; los que hoy ensalzan una actitud, mañana la deploran con la misma pasión...

No puede ser la vida una suma de poder o de riquezas, pues sucede con ellos lo que con los elogios y los vituperios: se alternan como en un juego de luces en el que es casi imposible reconocer algo valedero y estable.

Otro tanto podemos decir de quien cifra sus esperanzas en los afectos humanos, sobre todo, si no sabe mantenerlos y enriquecerlos con el tiempo. Formar una familia, perpetuar un nombre o una tradición, todo eso es valioso, pero... ¿llena por completo la vida? ¿No surge de tanto en tanto un anhelo profundo y escondido que pide «algo más» para que todas esas otras cosas adquieran un nuevo significado, esta vez más válido y justificado?

Hay quienes se encierran en sus estudios buscando allí el sentido de la existencia; saber es una forma como otras de destacar... Hay quienes, por el contrario, no encuentran suficientes medios para llenar las largas horas de hastío y buscan distracciones que son escapatorias; todo es poco para evitar el vacío del yo interior, que permanece mudo ante nosotros mismos.

Para un filósofo, vivir ha de ser mucho más que todo lo expuesto hasta ahora. Vivir es una escuela, la más completa y difícil de todas. Cuerpo, sentimientos y pensamientos son las herramientas que nos ayudan a superar las pruebas en este trance tan especial de aprendizaje. El tiempo es el gran maestro, y el yo interior es el discípulo que recoge experiencias a todo lo largo de la existencia.

Desde este punto de vista, las circunstancias externas tienen un valor relativo, el valor necesario para proporcionarnos situaciones apropiadas para nuestro desenvolvimiento, pero no son esenciales, ni definitivas, ni hacen al hombre. Más aún, cuando las circunstancias se aceptan de esta manera, dejan de convertirse en obsesiones y

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

pueden ser manejadas y modificadas con mucha mayor pericia. Sólo entonces el hombre comienza a convertirse en dueño de su propio destino.

Vivir es un acto de responsabilidad, ante uno mismo y ante los demás. Un filósofo no puede vivir de cualquier manera; sus actos han de tener un sentido y una lógica, que puedan trascender la simple supervivencia física. En la escuela de la vida todo tiene un porqué, y por consiguiente, un cómo y un para qué.

Vivir es un acto de generosidad para con uno mismo y para con los demás. Se trata de ayudarse aprendiendo y de compartir cada logro, cada aprendizaje, de hacer valer la existencia como una entrega constante hacia el mundo en el que nos hallamos, y fundamentalmente hacia la Humanidad de la cual formamos parte.

Vivir es... estar vivo. No es un secreto, no es un juego de palabras. Es sentirse parte del universo vital, de sus energías, aprovecharlas y vibrar con ellas. Así puede el filósofo hacer de la vida un acto eterno, hacia una meta de perfección, que es también eternidad.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

PARA VALIENTES

Cuando hablar de virtudes ha dejado de ser anacrónico para convertirse en una realidad y una necesidad que va ganando cada vez más voluntades de hombres y mujeres *d'avancée*, queremos dedicar unas palabras especiales al valor. Es cierto que, en general, el valor escasea y, en todo caso, se ve peligrosamente suplantado por la agresividad, la fantochada, el cinismo y el insulto, todo ello amparado por el número –la pandilla, la sociedad, lo que se lleva, lo que dicta la moda– y por la propia inseguridad que ostentan los débiles y tímidos, que también carecen de valor.

Falta el valor personal e individual, ese que nace en lo profundo del ser humano y se expresa con la máxima serenidad.

Falta el valor de las convicciones arraigadas en el alma, que confieren seguridad en sí mismo, sin que por ello falte el respeto hacia los demás. El hombre valeroso no se apoya en las debilidades ajenas ni en el beneplácito de las mayorías; en todo caso, su propia conciencia es para él la mayoría, y busca –con esa fuerza– ayudar a los que lo necesitan.

Y, sobre todo, falta el más señalado de los valores, que es el enfrentarse a sí mismo para conocerse mejor, para distinguir virtudes y defectos, potenciar las unas y extirpar los otros. Falta el valor de estar a solas consigo mismo, de echar abajo las falsas máscaras y de aceptarse tal y como se es para, a partir de allí, elaborar un sistema de vida, una acción positiva que conduzca a lo que cada uno sueña de bueno para sí y para el mundo.

Con este criterio, el valor resulta ser una cualidad esencial del filósofo, del buscador de la sabiduría, del que necesita de esa especial potencia espiritual para abrir caminos por dentro y por fuera. ¿Cómo lanzarse a descubrir el mundo y sus leyes sin valor? ¿Cómo superar las pruebas que nos depara la existencia sin valor? ¿Cómo conquistarse a sí mismo sin valor? Así, el filósofo aplica el valor consigo mismo, y cuando consigue transformarlo en una virtud bien asentada, lo demuestra en cuantas circunstancias le presente la vida, ya sean individuales o en relación con los demás seres humanos.

Este es el reto que lanzamos a través de la filosofía natural, la del hombre de siempre, la del hombre de hoy: desarrollar el valor de ser y de saber. Solo para valientes.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

EL ETERNO BUSCADOR

No se puede hablar de filosofía sin hablar del filósofo; no se puede mencionar el mundo de las ideas sin hablar del hombre que es capaz de vivir esas ideas. Así, si tuviésemos que destacar una de las características fundamentales del filósofo, del hombre que ama la sabiduría, diríamos que reúne las condiciones del eterno buscador. Es un hombre de conquista, que dejará de buscar cuando, por fin, llegue a la sabiduría; y no sabemos si entonces buscará otras cosas, hoy incomprensibles e inasequibles para nosotros.

El filósofo es como un sabueso que va por los campos y los bosques, por las montañas y por los ríos de la vida, detrás de unas huellas muy especiales. Busca el conocimiento real de todas las cosas. Se busca a sí mismo. Busca la verdad. Busca, en una palabra, a Dios como raíz universal.

Pero ¿por qué es tan largo y dificultoso su camino? ¿Acaso la verdad no está en este mundo en que vivimos? ¿Es que Dios no se deja ver aquí? ¿Es necesario atravesar un infinito desierto –nuestra vida manifiesta, nuestro entorno histórico, nuestras circunstancias– para encontrar lo que buscamos más allá de estas fronteras? No.

Creemos que Dios y la verdad están en este mundo, en nuestro ambiente, en nuestros logros y en nuestros problemas. Pero están cubiertos por una espesa capa de fango. Quedan disimulados bajo figuras grotescas, a tal punto que en muchas ocasiones la mentira ocupa el lugar de la verdad sin que aparentemente nadie pueda desenmascararla; y el vacío interior y el descreimiento ocupan el sitio de los naturales impulsos del espíritu humano.

La habilidad del filósofo buscador consiste en hallar aquí y ahora, en medio de los errores y la ignorancia, en medio de la oscuridad y las trampas, aquellas realidades ocultas que esperan el esfuerzo de los hombres valientes para llegar a refulgir con todo su poder.

Se impone buscar, buscar sin cansancio, sin desperdiciar la menor oportunidad de descubrir luces entre las tinieblas, de encontrar unas gotas de felicidad aun en medio de las desdichas, una partícula de verdad entre tanta desorientación.

Lo importante es la meta, es usar los sentidos y la inteligencia como guías seguros para llegar a ella. El que sabe lo que busca y cómo hacerlo, ese es el filósofo.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

PROPONEMOS...

Una vez más queremos exponer lo que entendemos y practicamos por filosofía, en consideración a que a la confusión propia de nuestros tiempos, se suman las falsas copias y la mala voluntad para juzgar lo bueno y lo malo sin diferenciación alguna.

Vivimos una época de la Historia que, como muchas otras, tiene sus especiales aciertos y sus males innegables. Esconder la cabeza frente a estos últimos no tiene sentido, pues resta la posibilidad de darles solución. Denunciarlos con valentía no significa pesimismo sino, en todo caso, sentido común. Y actuar para resolverlos es lo propio del filósofo, que lleva a la práctica su pensamiento.

Una de las primeras postulaciones de la filosofía tradicional, que hacemos acropolitana trayéndola a nuestros días con los ajustes correspondientes, es que dicha filosofía es un camino para la búsqueda de la verdad. No se trata de ninguna verdad absoluta ni de ningún dogma definitivo, sino de un ejercicio consciente de evolución hasta llegar por medio de la fe y de la razón hasta esos principios primeros que hacen a nuestro universo. Por consiguiente, ni las ideologías filosóficas son perfectas, ni lo son tampoco los filósofos que las siguen; unas y otros intentan una aproximación a la perfección a través de cuantos esfuerzos sean necesarios. Así...

A la falsa vanidad, oponemos una natural sencillez, que no descarta errores ni menosprecia los triunfos que se pueden conseguir en el futuro.

Ante la falacia y la mentira, preferimos la verdad, aunque a veces sea dura de expresar y aunque en muchas oportunidades nadie quiera escucharla ni mucho menos comprenderla. La verdad tiene luces calladas que no brillan en principio, pero prevalecen a la larga.

Ante el cinismo de las conveniencias, elevamos la voz de la sinceridad y la limpieza de corazón y de mente, aunque no se obtengan beneficios aparentes por ello.

Ante el descontrol creciente en todos los aspectos, que suele llevar a cotas insospechadas de inmoralidad, planteamos una nueva moral no sujeta a modas temporales, sino basada en la propia conciencia alerta y capacitada para reconocer lo propio del hombre superior e inmortal.

Ante la indiferencia de muchos, pensamos que es mejor un sano compromiso con la vida y con las circunstancias que nos han tocado vivir, hasta sentirnos partes integrantes e interesadas de la Historia.

Ante la violencia de otros, elegimos la forma más humana de la fortaleza, que se expresa no solo en la fuerza física, sino en la salud del cuerpo y en la resistencia psicológica y moral ante las dificultades, en la serenidad y en el saber bien hacer en cada momento.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Ante el fanatismo creciente, que tiene el defecto de creerse justo e iluminado, proponemos el eclecticismo, fruto de una larga práctica de discernimiento, de medir y comparar, de elegir tras un análisis, sin despreciar las experiencias de la Humanidad, pero intentando superar defectos y dificultades.

Ante la difamación, que hace trizas la filosofía por el camino más fácil, optamos por la valiente y clara manifestación de las ideas, dando su nombre a cada una de ellas, aunque de este modo haga falta más tiempo y más dedicación, auténticos tamices para el filósofo.

Ante la ignorancia, presentamos el antídoto de la sabiduría, que es el conocimiento adquirido y aplicado a la propia vida, no como adorno intelectual, sino como norma cotidiana y esclarecedora, la única eficaz para despertar del letargo en que nos hallamos.

Ante el dolor y la impotencia, ofrecemos la aceptación de las leyes universales, que dan sentido real a todo cuanto acontece, y reducen la impotencia en cuanto somos capaces de reconocer las salidas a nuestros miedos y oscuridades interiores.

Ante el vacío de ideales y de Dios, escogemos una vida plena, dedicada a la búsqueda de la sabiduría, que eso es filosofía, y al descubrimiento de Dios detrás de todo conocimiento válido.

Esta es la filosofía de Nueva Acrópolis. Esta es la fórmula que te ofrecemos.



La confianza en sí mismo surge...

Cuando se sabe que para lograr una cosa hacen falta muchos pasos encaminados con perseverancia en el mismo sentido.

Cuando se sabe que no se puede luchar contra el tiempo, sino aprovechar su corriente y ganar minutos a favor de ese impulso.

Cuando se sabe que es necesario aclarar las propias ideas y sentimientos, aunque para ello haya que enfrentar el amargo trago de reconocerse a sí mismo tal y como se es en todo momento.

Cuando se sabe que no somos perfectos, pero somos capaces de concebir lo que es la perfección.

Cuando se sabe que los estados de ánimo son cambiantes, pero no afectan al verdadero yo, que es la raíz de la confianza en sí mismo.

Cuando se sabe que el dolor es condimento necesario en la vida, indispensable para aprender, en la medida en que los dolores se convierten en experiencias.

Cuando se sabe que la acción es preferible a la inacción, y el compromiso con la vida es preferible a la indiferencia apática.

Cuando se sabe que todos disponemos de fuentes enormes de energía que no sabemos utilizar, bien porque las desconocemos, porque no creemos en ellas o porque no las sabemos aplicar: dosificar el esfuerzo, no escatimar la entrega, no abusar de las propias fuerzas.

Cuando se sabe que los fracasos son enseñanzas y los éxitos son pruebas felizmente superadas en el camino.

Cuando se sabe que siempre recibiremos críticas y alabanzas, pero ni unas ni otras valen lo que nuestra conciencia serena nos indica como positivo o negativo para nosotros mismos.

Cuando se sabe que nadie puede arrebatararnos nuestra esencia de seres humanos; y esa es nuestra fuerza.

Cuando se sabe que la convivencia con los demás hombres es maravillosa, pero no debemos esperar que los otros lo hagan todo por nosotros, ni tampoco ser tan orgullosos como para no aceptar ninguna ayuda.

Cuando se sabe que si descubrimos hombres superiores a nosotros, debemos tomarlos como ejemplo y no como motivo de depresión; y si los encontramos inferiores,

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

ver qué es lo que debemos evitar, sin vanagloriarnos ante ellos de lo que somos y poseemos.

Cuando se sabe que como seres humanos tenemos un punto de partida y un destino al que llegar, que nuestro quehacer actual tiene un porqué, una necesidad y una finalidad.

Cuando se sabe que no todo está escrito, y por lo mismo, nosotros podemos agregar unas palabras más en el Libro de la Vida.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

NAVEGAR CONTRA CORRIENTE

Navegar contra corriente es...

Remontar un río cuando este baja hacia el mar.

Enfrentar las olas que van a deshacerse en las playas.

Caminar de frente, dando la cara al viento.

Ayudar a la Naturaleza cuando todos tienden a ensuciarla y destrozarla.

Valorar la vida cuando todos parecen trabajar en favor de la muerte.

Mirar los árboles, los animales y las piedras con el mismo respeto que a los humanos.

Conseguir un aire puro cuando todos se esfuerzan por contaminarlo.

Sentirse libre ante las variadas máscaras de esclavitud con que tratan de engañarnos.

Conservar las propias ideas cuando todos cambian según la moda.

Vivir un Ideal cuando todos reniegan de todo.

Buscar la belleza cuando todos la desprecian.

Ir en pos del bien cuando todos tratan de hacer y hacerse daño.

Velar por la justicia cuando todos la quebrantan.

Sostener la virtud cuando todos alaban el vicio.

Alimentar los sentimientos superiores cuando todos se inclinan por las bajas pasiones.

Ser veraz para enfrentar a la mentira.

Profesar el auténtico conocimiento allí donde se elogia la ignorancia.

Conservar el sentido común en medio de la locura.

Mantener la serenidad cuando alrededor cunde la angustia.

Vivir la fraternidad mientras unos y otros se aíslan y se dividen. Amar la paz en medio de un mundo agresivo.

Ser valiente en medio de un mundo débil.

EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

Promover el entendimiento entre las gentes cuando todos cierran las puertas de su yo interior.

Ser generoso cuando todos se vuelven avaros.

Fomentar el amor allí donde crece el odio.

Saber escuchar mientras todos pretenden hablar.

Disfrutar del silencio cuando sólo cunde el ruido.

Apreciar el trabajo por encima del ocio.

Desarrollar la voluntad por encima de los instintos.

Perseverar en la condición de ser humano, a pesar de las circunstancias adversas.

Tener fe cuando todos dudan.

Creer en Dios cuando todos lo niegan.

Levantar los ojos al cielo cuando todos se arrastran por el suelo. Cabalgar en las estrellas al compás del Ritmo Universal.



EL HÉROE COTIDIANO
DELIA STEINBERG GUZMÁN

...A LA MANERA CLÁSICA

Nunca será suficiente repetir la diferencia fundamental entre lo que consideramos FILOSOFÍA A LA MANERA CLÁSICA y el ejercicio mental y verbal al que actualmente se ve reducida la filosofía.

En general, son pocos los que hoy se atreven a llamarse a sí mismos filósofos. El estudio de la filosofía se ha restringido a un repaso histórico de las diferentes formas de pensamiento, de los autores que la sustentaron, y alguna que otra polémica sobre la validez de una u otra teoría y autor. El filósofo actual es, como mucho, un buen recopilador, un archivador de ideas dentro del marco histórico cronológicamente reconocido, un crítico, un conferenciante o un escritor que resume sus conocimientos.

Como decíamos, son muy pocos los que asumen la filosofía como una forma de vida y, por lo tanto, de acción. Son muy pocos los que tienen el valor y la entereza de pensar libremente y exponer con toda libertad sus pensamientos. Las excepciones que existen, aunque excepciones, son las que todavía honran a la FILOSOFÍA A LA MANERA CLÁSICA, la filosofía integral capaz de lanzar su mirada profunda sobre todos los aspectos de la vida y, más aún, buscar las soluciones humanas a todos los problemas que presenta la vida.

El ejercicio mental y verbal al que antes aludíamos es positivo dentro de sus limitaciones. El hombre es mucho más que una mente que piensa y una lengua que expresa con mayor o menor corrección esos pensamientos. Desde la óptica clásica, que es decir la óptica tradicional, no basta la simple definición del hombre como ser racional cuya mente lo diferencia de los animales, las plantas y las piedras. Si así fuera, al hombre le estarían sobrando los sentimientos, la vitalidad y el cuerpo que le sirve de vehículo. Pero la naturaleza humana se expresa bajo múltiples aspectos, y a todos ellos hemos de darles su sitio, coordinándolos inteligentemente.

De allí que nos refiramos a una FILOSOFÍA INTEGRAL, que abarca al hombre en todas sus posibilidades, desarrollándolas, armonizándolas; una filosofía que nos permita conocernos mejor a nosotros mismos, a la vida que vivimos y al universo del que participamos.

El filósofo ha de tener llaves de acción para enfrentar todas las situaciones y experiencias, llaves que proporciona la filosofía en cuanto se vuelve vital y global. Y si no se tienen las soluciones para todos los problemas, saber al menos qué es un problema, reconocer los enigmas, soportar los dolores y aprender a vivir con ellos.

Poco más es, pues, lo que podemos escribir. El resto es cuestión de práctica. A cada uno le corresponde despertar al filósofo que lleva dentro de sí, acercarlo a los conocimientos adecuados y, sobre todo, convertirlo en un artista, en un científico del complejo y maravilloso ejercicio del vivir.